

ALBERTO FERRER GARCÍA

Universitat Oberta de Catalunya

Salvador Feliu y el “problema” de la filosofía española

“Hasta la concepción moderna del Universo, por tanto, hasta la nuestra, el hombre ha sido *tema*, a saber: algo perfectamente determinado, según la fuerza de la palabra griega; algo definido, estable y permanente. Pero la concepción moderna del Universo, en la que estamos todos sumergidos y empapados, considera al hombre, y se siente, como *problema*, en todos los órdenes.

Nuestra existencia es *problemática*, y nuestra esencia, problematicidad”.

J. D. GARCÍA BACCA, *Antropología filosófica contemporánea* (1955)¹

RECORDAR A SALVADOR FELIU, a Boro (Onda, 15 de diciembre de 1946 – València, 30 de diciembre de 2022) es, sin duda, recordar su esfuerzo por rescatar a aquellos españoles del exilio injustamente olvidados. Fue él quien nos hizo cobrar conciencia —a nosotros, estudiantes *primerizos* de Filosofía— de que —al fin, en el 36— España había logrado una “normalidad” filosófica que la equiparaba con el nivel europeo, pero que, desafortunadamente, duraría muy poco. Boro lo definía como un retorno al destierro de la caverna: España volvía a ser un *país de frailes* —y añadiría: ni tan siquiera escolásticos sino ignorantes—. La filosofía española, tras la contienda, volvía a ser lo que era: nada. Boro se esforzó, como nadie, porque los exiliados que fueron —interesadamente— olvidados fueran recuperados. Recordarle hoy a él exige recordarles a ellos.

España era —y no sé si decir que todavía lo es— un país ignorante y resentido —y Boro siempre nos incidía en ello enérgicamente—. Le recuerdo comenzar, en los varios cursos de Historia de la Filosofía Española a los que pude asistir como oyente, presentándonos la entrada de Masson de Morvilliers en la *Encyclopédie méthodique* (1782) donde este afirmaba que, a la fuerza, un

¹J. D. GARCÍA BACCA 1957, *Antropología filosófica contemporánea*, Caracas: Universidad Central de Venezuela, 30.

pueblo —como el español— que necesitaba “permiso de un fraile para leer y pensar” quizá fuera “la nación más ignorante de Europa”. Y Morvilliers acababa con una pregunta demoledora de la que, a mi entender, Boro siempre intentó hacerse cargo: “¿Qué se debe a España?”.

Al menos para mí, recordar a Boro significa cuestionarse justamente esto: *¿qué se debe a España?; ¿qué se debe a la filosofía que, en su decurso, haya podido darnos esta?* La filosofía propia del pensamiento español ha sido —y probablemente sea— su propia autojustificación. Ese es su “tema” vuelto “problema”. Pareciera que ser español impediría ser filósofo y Boro se esforzó en demostrarnos todo lo contrario, partiendo no solo del impulsor clásico de la misma, Ortega —de quien siempre nos apuntó que le perdía su afán de “sistema”—, sino también todos aquellos que contribuyeron a formarnos una imagen *problemática* —pero indiscutiblemente más acabada— de la misma: Unamuno, Gaos, Zambrano o García Bacca.

Con él aprendimos también que nadie puede superar su época y que el sujeto es siempre histórico; y el nuestro partía de una escisión colectiva por el idioma: el problema de la filosofía española es también el problema de la filosofía hispanoamericana. Y lo que aquella le entregaba a esta era una concesión hacia lo político, cierta concepción estética y una noción inmanentista: una forma de expresión —casi siempre de cierta calidad— que cuida la forma y tiene una peculiar habilidad para fusionar los géneros.

Lo que más me sorprendía de Boro era la agudeza con la que conseguía desgranarnos, en un par de minutos, volúmenes que, por cuenta propia, habríamos tardado en desmenuzar —con semejante gracia, y en el mejor de los casos— horas y más horas. *Confesiones profesionales. Filosofía y poesía. Invitación a filosofar...* —y tantos otros—. Ninguno se le resistía. Y en ellos nos hacía atisbar lo esencial: que la filosofía, en general, pero *nuestra filosofía* en particular, no estaba compuesta sino a partir de acomodaciones, modificaciones y rupturas. Aquello que exige orientación debe prescindir de una fidelidad insana a Dios sabe qué.

En una ocasión le escuché una frase, de lo más sensata —como todas las que le oí; y daba igual en qué ámbito—, que, creo, deberíamos grabarnos a fuego: “El pensamiento y la filosofía son inseparables de la circunstancia, y eso, justamente, es lo que significa la filosofía española: nos es imposible pensar sin hacerlo desde la propia circunstancia”. Se entenderá entonces que a mí, al menos personalmente, me haya sido imposible pensar a Boro al margen de esta: “Pensar significa hacerlo desde mi circunstancia española —solía insistirnos—; de lo contrario mi filosofía será una *filosofía de otros*”. El hecho de pensar sin más no sirve. No le servía a él, y no debiera servirnos tampoco a nosotros. Esto es aquello de *salvar la circunstancia*, y Boro murió haciéndolo.

Siempre huyó del célebre refugio de aquellos filósofos que aparentaban serlo: la torre de marfil. Yo nunca lo vi en ella; ni con la más mínima intención de penetrarla. La filosofía que allí pudiera hacerse —y así Boro lo creía— era insulsa y perfectamente prescindible: no podía sernos de ninguna utilidad por yacer ya muerta. Y con la franqueza que le caracterizaba, nos advertía que deberíamos apedrear a Kant si, por una de aquellas, resucitara para dejar —de nuevo— lo ya dicho. Los clásicos sólo tienen sentido en la actualidad en la medida en que recurramos a ellos no para repetirlos sino para *circunstanciarlos* —y fue Boro quien nos enseñó a hacerlo—.

Recuerdo, particularmente, la luz de las clases de Boro. Y no, no estoy tratando de imprimir a mi relato ningún cariz estrictamente metafórico. Estas líneas están cargadas de literalidad. Recuerdo la incidencia del sol al comentar *Filosofía y poesía* —en las prácticas de Historia de la Filosofía Española— y decirnos que, tal vez, “el hecho de que la admiración predomine sobre la violencia —y la filosofía es eso en la medida en que desconfía, busca y sistematiza— hace que los pensadores españoles no sean tan filósofos y sí más españoles; ya que en la medida en que hay menos violencia hay menos orden, menos sistema, pero sí más anarquía, improvisación, variedad...”. No otra cosa de él aprendimos: que podía pensarse desde el desarraigo de lo violento; y por tanto, desarraigados de la autoridad, de lo absoluto, de lo unitario.

De ahí que esa necesidad de saber que tiene el hombre, en España —y en él—, se hubiera satisfecho no por la filosofía sino más bien por la literatura: la novela, la poesía y, en menor medida, el ensayo. Si supiéramos qué pretendió decir Cervantes con *El Quijote*, entonces conoceríamos el espíritu de España —nos decía Ortega por boca de Boro—. Él nos enseñó, ante todo, un saber más libre y disperso; o, al menos, así lo percibimos quienes fuimos sus alumnos.

Si Boro era un gran y ávido lector, no lo era únicamente de filosofía, sino también de novela y, especialmente, de poesía por ser estas formas literarias más fragmentarias y menos comprometidas sistemáticamente. Creo que le encantaba encontrar en ellas esa forma de pensamiento disperso que, sin embargo, versa sobre problemas esenciales de la vida humana, pero con el discreto encanto de que dichos temas, tratados poética o novelísticamente, no implican autoridad. Por recomendación de Boro, guardo en la memoria “El inmortal” de Borges, “La muerte de Sócrates” de Brines o “La avería” de Dürrenmatt —entre tantos otros—.

Pero tampoco descuidaba en advertirnos de que un pensamiento sin violencia puede tener la contrapartida de una violencia sin pensamiento. Esa había sido también, desafortunadamente, la historia de la cultura española. Boro nunca olvidó el compromiso político que debe implicar necesariamente

toda idea si no queremos que esta termine por conducirnos a la barbarie. No fue un idiota; un ἰδιώτης en el sentido clásico del término: en el de aquel que, insensatamente, se desentiende de la vida pública —de lo común—. Cuestión que le llevaría, en algún momento, a analizar las relaciones que entre “ciencia”, “verdad”, “ontología” y “política” se daban en los trabajos sobre Spinoza de Antonio Negri, redimensionando así —además— el trabajo doctoral que, en 1983, defendiera con el título “Conocimiento y verdad en la filosofía de Spinoza” —autor del que, por cierto, tanto pudieron aprender, especialmente, sus alumnos de Humanidades; incluidos los que, con aquellos “créditos de libre elección”, decidimos infiltrarnos—.

Entre los últimos textos que publicó Boro se encuentra un ensayo sobre García Bacca que le pedí, para un volumen que editaba en Ecuador sobre este, y al que decidió poner por título “A vueltas con Dios”, porque “ya era hora de hablar claro sobre el mismo”. Él siempre había tenido clarísimo que pensar la otra vida implicaba dejar de pensar esta. “El hombre libre en nada piensa menos que en la muerte” —decía Spinoza y nos recordaba, casi frecuentemente, Boro—. Sin embargo, y de la misma manera que él dijera de Pepe en el último obituario que aquí quedó escrito: “como buen filósofo, no era creyente”. Pero la tendencia española siempre ha sido la de un idealismo ascético un tanto extraño que termina por configurar un perverso realismo: el conformismo. Si no violentar al mundo implica violentarse a sí mismo, difícilmente nos salvaremos. Si uno piensa esto a nivel individual es una pequeña desgracia, pero pensarlo colectivamente implica la mayor de las desgracias: dejar la violencia en manos de otro alguien.

Cuando cursé el citado curso de Filosofía en Humanidades, recuerdo que al ir a su despacho a ver qué tal había resuelto la propuesta de trabajo final —elaborar el decurso de un concepto filosófico; en mi caso creo que era “Verdad”—, vi que, al lado de mi calificación, Boro había hecho una anotación personal que no tuvo reparo en compartir conmigo: “Hace lo que le da la gana, pero lo hace muy bien”. Espero Boro que, respecto a esto —que, como tú dijiste citando a Lope de Vega, “en mi vida me he visto en tanto aprieto”— también pienses lo mismo. He hecho lo que me ha dado la gana y confío haberlo hecho, francamente, lo mejor que haya podido.